

## DEL TRABAJADOR AL EMPLEABLE

*Andrea Calamari*  
*Universidad Nacional de Rosario (Argentina)*  
*andreacalamari@yahoo.es*

### **Resumen**

El trabajo es abordado en este texto, desde una perspectiva sociosemiótica, atendiendo al lugar innegablemente preponderante que ocupa en la conformación de subjetividad y como espacio interrelacional. Desde el campo de la discursividad social focalizamos el fenómeno de la conformación de lo que denominamos una industria del trabajo o industria laboral, cuyo producto es un particular tipo construido en el marco de una relación discursiva: el empleable.

**Palabras clave:** industria laboral, empleable, posfordismo, trabajo, subjetividad.

### **Algunas cuestiones preliminares**

Las nuevas formas del trabajo, el fin de la “sociedad salarial”, el fin del trabajo, el lugar de los trabajadores en el poscapitalismo, posfordismo o posindustrialismo son temas ampliamente abordados desde distintas disciplinas y perspectivas teóricas. El trabajo no sólo no ha desaparecido como sostén del sistema capitalista sino tampoco como experiencia eminentemente moderna, como instancia privilegiada de constitución de la subjetividad, que permea los diferentes ámbitos de la vida cotidiana. El trabajo en tanto que terreno de “realización” personal y profesional, espacio privilegiado de configuración de la identidad en una sociedad regulada por la propia actividad laboral, sigue estando vigente bajo otras formas, probablemente con otros límites y con nuevas características.

El sueño de época inaugurado por el protestantismo y, siguiendo a Weber, convertido en el origen del capitalismo moderno, parece no ser el mismo que el “sueño” actual. El cálculo y estimación exactos que hace cualquier empresa capitalista, sostenía Weber a propósito de los orígenes del capitalismo, también lo realiza el trabajador, quien funciona en sí mismo como una empresa, lo que implica un grado de racionalidad por medio del cual aquél nunca logra prescindir del cálculo entre lo invertido y lo ganado. Indudablemente el cálculo y la medición propios del espíritu que ha dado origen al sistema capitalista no sean ya la base, o no la única base sobre la que se sustenta el capitalismo contemporáneo. Sin embargo el trabajo, como actividad depositaria del manejo de la propia vida en términos de cálculo, inversión y previsión, no sólo no ha desaparecido, aún en el contexto del llamado “fin del trabajo”, sino que permanece y se resignifica a partir de la adopción de nuevas formas. ¿Podemos dar cuenta ellas? En ese caso, ¿de qué manera lo hacemos?

En relación con estos interrogantes, la primera observación que debemos realizar se refiere a los modos de acercamiento al fenómeno en cuestión. Las agendas de investigación en torno al trabajo, a las nuevas formas que ha adquirido a partir de la globalización, así como las posiciones subjetivas y sociales que comporta, han estado marcadas, en el ámbito local y nacional, por una notable ausencia de estudios socioculturales que logren dar cuenta de la

dimensión ideológica del trabajo, sobrepasando los límites superestructurales de los tradicionales análisis ideológicos. Partiendo, con Verón, de una definición de lo ideológico como la dimensión que remite a las condiciones sociales de producción de sentido, podemos interrogarnos sobre la especificidad del funcionamiento social de lo ideológico en el trabajo postfordista, a partir de una primera intuición acerca de que el trabajo, abordado en una de sus dimensiones configurantes como proceso de producción de sentido, nos puede acercar algunas respuestas.

Partiendo de la consideración de los discursos sociales como espacios en los que se produce – y no sólo reproduce– la realidad, podemos decir que el trabajo actual se presenta bajo las formas de una **industria laboral** que se construye –aunque no exclusivamente, sí de manera privilegiada– a partir de los procesos sociales de producción de sentido. La industria laboral, materializada en instituciones educativas, organizaciones, consultoras, selectoras de personal, oficinas y secciones de recursos humanos, suplementos de empleos de los medios gráficos, páginas web relacionadas con el “mundo del trabajo”, es considerada como una formación discursiva, en sentido foucaultiano, cuyo destinatario privilegiado no es un actor social específico sino una categoría discursiva no explicitada en cuanto tal: el **empleable**.

### **Industria del trabajo**

La globalización como etapa superior de la internacionalización del capital iniciada a principios del siglo diecinueve, aparece como la máxima expresión del capitalismo tardío, con la conformación de un mercado mundial único que ha arrojado un nuevo modo de producción. La idea de un planeta articulado en una “red de flujos” incluye también la formación de un mercado global de trabajadores: la transnacionalización de la fuerza de trabajo aparece como punto de partida de todas las reflexiones –apocalípticas o integradas– sobre el trabajo en la actualidad.

La globalización, entonces, definida como un conjunto de procesos interconectados que se desarrollan en diferentes dimensiones –económica, política, militar, ambiental, social y cultural–, nos marca, diacrónicamente, un punto de convergencia para el análisis de las condiciones de producción de los discursos de la industria laboral.

El sistema productivo ha cambiado radicalmente en los últimos años y, con él, se han originado importantes transformaciones en los modos de trabajar, así como en las formas de gestión y organización del trabajo. Cada fase o período del capitalismo está caracterizada por industrias que se han convertido, en algún sentido, en emblemáticas de dichas etapas, poniendo de manifiesto no sólo cambios de tipo económico o laboral, sino un conjunto de transformaciones sociales, políticas, culturales, en la vida de las personas y en el funcionamiento de las sociedades.

Así como los comienzos de la industrialización tienen como figura emblema a la industria textil, la primera mitad del siglo veinte a la industria automotriz, podemos considerar que el sistema productivo postfordista puede caracterizarse por la aparición y consolidación de una industria inédita: la **industria del trabajo** o **industria laboral**.

El nacimiento de esta industria no puede desconocer lo que le debe a su antecesora directa, es decir, a la industria cultural surgida de la sociedad de masas propia del siglo veinte. Si la industria textil supuso el paso del trabajo manual a la maquinización incipiente, la automotriz trajo consigo una mayor rutinización y estandarización del trabajo, la industria cultural, por su parte, comportó la “novedad” de industrializar lo hasta entonces no industrializable. ¿En qué radica lo inédito de esta etapa del capitalismo que nos lleva a postular la existencia de una industria laboral? En la industrialización del trabajo en general –y no ya en cada una de sus manifestaciones particulares–, es decir, del trabajo en sí mismo.

Si en la última etapa del capitalismo ya no hay industrias y lo que abunda no es el trabajo sino los millones de personas preparadas y dispuestas para trabajar, la industrialización de ese bien escaso –por lo tanto deseado–, parece derivarse inexorablemente.

Por qué hablar de una industria del trabajo, aun cuando su utilización resulte confusa, habida cuenta de la polisemia que conlleva. En primer lugar porque estamos convencidos de que, tras su aparente tautología, se esconde cierta potencialidad conceptual para abordar nuestro objeto de análisis. En otro orden, porque la naturalidad que comportan sus términos nos invita a intentar la tarea de cuestionarla.

Empecemos a revisar su uso cotidiano. El campo semántico que se despliega en torno a **industria del trabajo** o **industria laboral** es vasto y disperso, extendiéndose en muy diferentes universos de sentido. No obstante eso, podemos decir que en su acepción más extendida industria laboral está asociada, cuando no equiparada, a mercado laboral. El conjunto de los puestos de empleo de un país, un sector o un rubro de la economía han dado origen a expresiones más o menos extendidas como “industria laboral argentina”, “industria laboral del cine”, del “marketing”, del “acero”, entre otras.

También industria del trabajo es usada en una dirección similar, superponiéndose este sentido asociado a mercado laboral con otro que se asienta sobre la industrialización de un rubro, saber o sector: “industria del trabajo en red”, “industria del trabajo doméstico”, “industria del trabajo de la piedra”, “industria del trabajo desde la casa”, “industria del trabajo pesado”, y todos los usos en el mismo sentido que hacen referencia a cierto grado de consolidación de un sector del mercado laboral, por el cual éste se hace acreedor del sustantivo “industria”. Podemos señalar aquí que este último actúa, en realidad, como un predicado, no sin connotaciones, del tipo de trabajo nombrado. Así, lo que puede leerse resulta, más bien, que el trabajo doméstico, el trabajo desde la casa, el trabajo de la piedra se han (logrado ya) industrializado (industrializarse).

¿Y qué quiere decir que se han industrializado? En algún sentido, que han abandonado cierto amateurismo, que se han profesionalizado, pero también que se han incorporado a la economía formal, o que quienes lo realizan han pasado a percibir un salario o, que desde la academia lo han empezado a denominar como tal a fin de mostrar una carencia o falta de protección social; verbigracia, la “industria del trabajo doméstico”.

Comúnmente estas expresiones remiten a lo que en nuestro país suele llamarse el “mundo del trabajo” y que es abordado en el marco de una “problemática ocupacional”: deterioro del

mundo del trabajo, precariedad, desempleo o desocupación, pérdida del “pleno empleo”, trabajo indigente, empleo precario, es decir, de lo que podríamos resumir en la estructura social del trabajo.

En un sentido similar o complementario del anterior, la expresión se refiere también al conjunto de industrias que da u ofrece empleo sin distinción de un rubro particular: “ofrecemos capacitación para la industria laboral”, “rápida colocación en la industria laboral”, “preparamos profesionales que han dejado huella en la industria laboral”; cualquiera de estas promesas puede encontrarse en diferentes ofertas académicas de universidades, institutos y centros de formación, asociando la idea de industria laboral a la de mercado.

Cuando aquí nos referimos a **industria del trabajo** lo hacemos, en principio, tomando uno de los dos sentidos principales dados a industria por Raymond Williams, según quien ésta es concebida como “una institución o conjunto de instituciones para la producción y el comercio”. Señala el autor que, desde su aparición en el siglo quince, el término ha ido tomando distintas significaciones, y a partir de la segunda mitad del siglo veinte, se ha vuelto a generalizar “según un hilo conductor cuyos puntos de referencia son el esfuerzo, el esfuerzo organizado y la institución” (1).

Tenemos, por un lado, “una institución o conjunto de instituciones para la producción y el comercio”, paralelamente, la “creciente capitalización, organización y mecanización”; todos aspectos que vienen a dar cuenta de la “industrialización” de un rubro o sector de la economía. Sin embargo, nuestra conceptualización de una **industria laboral**, de lo que viene a dar cuenta, repitámoslo una vez más, es de la industrialización del propio trabajo.

A diferencia de las expresiones antes citadas, en las cuales el trabajo aparece siempre asociado a un modificador directo (del acero, de la piedra, entre otros), remitimos a la industrialización del trabajo en sí, en un sentido similar al concepto de *industria cultural* desarrollado en los años cuarenta por Adorno y Horkheimer, como un sistema que regula el trabajo –en el sentido más amplio que le podemos dar al término, tal como lo desarrollamos en el primer apartado de este capítulo– y, a raíz de esa regulación produce dicha industria en el marco de una “aparente dispersión”. Ya no se trata, desde esta filiación, del modo en que se industrializa un rubro o tipo de trabajo particular sino del trabajo en sí, considerado él mismo como mercancía. Una mercancía particular, ya que no es definida solamente en términos de posesión, no nos referimos al trabajo como algo que puede o no poseerse (en los términos en que se piensa en la noción de mercado laboral), o no solamente en ese sentido. El trabajo, a partir de su industrialización, se ha convertido, a la vez, en bien, objeto de deseo, conjunto de saberes, potencialidad.

La expresión *industria cultural*, acuñada a mediados del siglo veinte en la Escuela de Frankfurt, aparece para explicar los cambios producidos en los procesos de transmisión de la cultura, procesos que comenzaron a estar regidos por el principio de mercantilización. De este modo, se advierte el carácter industrial que estaba adquiriendo la producción de la cultura. Tal como lo venimos desarrollando, *industria laboral* intenta dar cuenta del carácter industrial que está

adquiriendo el mercado laboral, la gestión del empleo, las relaciones laborales, en síntesis, el trabajo.

Si el oxímoron que significó la aparición de la categoría industria cultural fue olvidado por su fecundidad teórica para dar cuenta de una serie de fenómenos inéditos que tuvieron lugar con el surgimiento y expansión de la sociedad y cultura de masas, podemos esperar, por nuestra parte, superar la inicial ambigüedad que supone la utilización de la expresión **industria del trabajo** o **industria laboral**, habida cuenta de la cercanía que guarda con usos más o menos extendidos en diferentes ámbitos, tanto en el habla cotidiana como en círculos académicos. Insistiremos, entonces, en la necesidad de demarcar claramente su significación a fin de evitar confusiones.

Siguiendo la concepción marxista podemos decir que el trabajo en cuanto tal, posee una adherencia de valores externos que no es propia de su valor de uso, es decir, del trabajo como una actividad necesaria para la satisfacción de necesidades de los hombres, sino que esta adherencia es propia de la forma mercancía misma. Fetichismo de la mercancía entonces, no ya sobre los objetos o productos del trabajo sino sobre el trabajo mismo. Es en este sentido que podemos pensar en una industria del trabajo, uno de cuyos objetivos es su consumo y cuyo producto es “el **empleable**”.

Nos encontramos frente a un tipo de industria particular que, en el marco del tardocapitalismo globalizado, se materializa en heterogéneos y dispersos emplazamientos: consultoras, especialistas en recursos humanos y selección de personal, asociaciones, carreras y planes de estudio, suplementos y secciones temáticas en el ámbito mediático, sitios “especializados” en la web (que circulan con la celeridad, intermitencia y diversidad que la caracterizan), que van más allá de ser solamente expresiones propias de las nuevas formas de gestión del empleo, para convertirse en un sistema de regulación. Estamos hablando de distintos componentes y eslabones –“agencias de la industria”– de una industria cuya fuerza, parafraseando a Adorno y Horkheimer, reside en su unidad con la necesidad producida por ella.

Volviendo sobre la conceptualización marxista, las relaciones entre capital y trabajo se dan bajo la forma de explotación derivada de relaciones de fuerza desiguales que dejan a quienes no son dueños de los medios de producción, en la obligación de vender aquello que es lo único que poseen, su fuerza de trabajo. Estos dos polos antagónicos se presentan como insuficientes para dar cuenta de la complejidad que han ido adquiriendo aquellas relaciones. Nada hace suponer que hayan terminado o no se hayan agravado la desigualdad y la explotación, sí cabría preguntarse cuál es el estatuto que adquiere hoy el más débil de estos polos, si él mismo ya no es fuerza que alimenta a la industria, sino la industria misma.

El trabajo en la actualidad adquiere las formas de una mercancía no solamente en términos de intercambiabilidad, sino también a partir de su industrialización, la consiguiente comercialización y, por lo tanto, su consumo. La industrialización del trabajo ha traído consigo cambios e incorporaciones en la agenda mediática, conformación de nuevas disciplinas académicas, creación de carreras y estudios en los distintos niveles educativos, aparición de

institutos, academias, centros y consultoras, publicación de literatura especializada y la proliferación de variantes de estas agencias de la industria en el ámbito de la red.

Recordemos lo que nos dicen Adorno y Horkheimer acerca del papel que juegan los “detalles” en la industria cultural, al afirmar que ésta “trata de la misma forma al todo y a las partes” de modo tal que uno y otras poseen los mismos rasgos. Como los detalles o clichés de la industria cultural de la comunicación de masas, en la industria laboral se repiten una y otra vez los motivos (*proactividad, liderazgo, formación permanente, versatilidad*) en esquemas que sólo en apariencia son distintos y cambiantes (carreras universitarias, currículums vitae, avisos clasificados, servicios de consultoría, material bibliográfico). Confirmar el esquema, mientras lo componen, señalan los autores, constituye toda la realidad de los detalles.

La industria laboral no es un conjunto homogéneo de enunciados sobre el trabajo. No es una nueva forma de conocimiento sobre el trabajo y las relaciones laborales, no es un espacio de intermediación entre componentes del mercado laboral, no es una institución u organización del capital. La industria laboral es, siguiendo a Foucault, una formación discursiva, una disposición general de enunciados, su colocación en serie de conjuntos determinados, así como las modalidades y estrategias enunciativas que la conforman. Por lo tanto la cuestión se plantea al nivel del discurso mismo, que ya no es traducción o reflejo de algo exterior, sino “lugar de emergencia” (2).

La industria textil, novel e incipiente en el siglo dieciocho, se apoyó en las innovaciones que supusieron las primeras máquinas que permitían el hilado de varios hilos de una vez, y ya no uno solo como permitía el trabajo artesanal. Su emplazamiento físico se reducía a una o algunas máquinas hiladoras en las que los campesinos hacían su trabajo. Su producto lo constituían los tejidos.

La industria automotriz, emblema de la industrialización del siglo veinte, supuso no sólo grandes instalaciones fabriles –también característicos de otras industrias de dimensiones como la metalúrgica–, sino también un tipo de organización del trabajo, que, de hecho, ha dado lugar al nacimiento del fordismo como caracterización de esta. El producto de esta industria es también fácil y obviamente identificable: el automóvil.

La industria laboral, en el siglo veintiuno, no tiene un emplazamiento físico identificable, su materialización es esencialmente discursiva y su producto –no tan fácilmente identificable–, es un sujeto enunciativo: el empleable.

### **El empleable**

Hemos asistido en los últimos años a la proliferación de discursos en torno al trabajo, muchos de ellos inéditos, en soportes, géneros y formatos disímiles, que nos han llevado a pensar en las características que tal fenómeno asume como proceso de producción social de sentido.

Norbert Elías afirma que “un florecimiento más o menos repentino de palabras dentro de una lengua indica casi siempre transformaciones en la propia vida de los seres humanos” (3), y agrega que esto se acentúa en el caso de palabras que permanecen en el centro de la actividad humana. La *proactividad*, el *know how*, la *versatilidad*, el *coaching estratégico*, el

*diseño de carrera, el trabajo por proyectos, la formación permanente, el selfplacement y el outsourcing*, entre otros e innumerables “términos”, han adquirido centralidad en la vida cotidiana de quienes, de un modo u otro, se vinculan con la industria laboral. La importancia del discurso de la industria laboral no reside, parafraseando a Elías, en que es un fenómeno aislado, sino el síntoma de una transformación y materialización de unos procesos sociales. El discurso de la industria del trabajo, queremos puntualizar, no lleva “en sí” las justificaciones de una ideología particular; están inscriptas en él, en todo caso, las “marcas” a partir de las cuales podemos establecer las relaciones que mantiene con sus condiciones de producción.

El **empleable** es tanto el destinatario como el producto del discurso laboral del que ha desaparecido el término “trabajador”. Del trabajador al empleable, entonces, se constituye en un desplazamiento nodal, desde el punto de vista de la discursividad social, en relación al sujeto que emerge del discurso. El discurso del trabajo va haciendo surgir temas, motivos, destinatarios específicos y, a partir de un particular encadenamiento, él mismo se va constituyendo como tal.

La forma en la que se va hilvanando un discurso ha de permitir, siguiendo a Roland Barthes, que surja de él un sujeto particular. Así como de las formas del “discurso amoroso” emerge el “sujeto del amor”, podríamos preguntarnos por nuestra parte, cuál es el sujeto del discurso laboral, cuáles sus condiciones de surgimiento, sus funciones, temas y figuras específicos.

El discurso laboral está caracterizado esencialmente por sus aspectos formales, su posibilidad de emergencia y sus particularidades no están dadas por una temática abordada, no se trata en él de un referente particular –discurso que habla *sobre* el trabajo– sino de cierto tipo de encadenamiento, una arquitectura discursiva, una modulación significativa que hace que surja, en esas instancias particulares, ese sujeto privativo del propio discurso: el **empleable**.

Las distintas materialidades del discurso laboral ordenadas bajo la forma de una recopilación, arrojan –así como el diccionario del enamorado de Barthes– las figuras del empleable. Estas figuras, sin embargo, adquieren un diseño reticular, por fuera de todo sintagma, como las del discurso amoroso, giran “como un calendario perpetuo”. Bajo esas formas se nos presenta, por nuestra parte, el discurso del trabajo; parafraseando a Barthes, como una enciclopedia de la cultura laboral.

A propósito del sujeto del psicoanálisis, Carlos Kuri se pregunta: “Cómo, según qué condiciones y bajo qué formas, algo como un sujeto puede aparecer en el orden de los discursos. ¿Qué lugar puede ocupar en cada tipo de discurso, qué funciones puede ejercer y obedeciendo a qué reglas?” (4). Nos permitimos preguntarnos esto mismo a propósito del sujeto del trabajo presente en el discurso de la industria laboral. El sujeto como “efecto de discurso” –no la persona, nos apresuraremos en aclarar– aparece en determinado funcionamiento del discurso, que, con sus reglas y condiciones propias, habilita la posibilidad de emergencia de ese sujeto.

El destinatario privilegiado que construye la industria del trabajo no es un trabajador, es un “empleable”. Alguien que, independientemente de su condición contractual, de su eventual colocación en el mercado laboral, su inclusión o exclusión, su posición dentro de él, su nivel de

ingreso o calificación profesional, está en situación de “empleabilidad”, en constante proceso preparatorio.

Los “postulantes”, “candidatos”, “talentos”, “personas”, “recursos humanos”, no se están refiriendo solamente a lo que podría llamarse un “trabajador”, ni a un “empleado”. Tampoco es, o no sólo, el “trabajador versátil”, el “virtuoso”, el “trabajador flexibilizado”, “la mano de obra nuclear y desechable”, el “trabajador desocupado” o el “colaborador”. Este destinatario es todo eso y, conjuntamente, es otra cosa (5).

La industrialización del trabajo deriva en un producto inédito y original: el empleable. Un producto cuyas virtudes descritas y publicitadas constituyen el eje estructurante del discurso laboral. Un producto que condensa en él todas las capacidades del género humano y, a su vez, las prerrogativas de la personalidad y la subjetividad.

El aumento de la competencia social, producto de la forma “civilizada” de comportamiento y de sensibilidad, en términos eliasianos, ha comportado grados cada vez mayores de interrelación de las funciones sociales y, consecuentemente, individuos cada vez más dependientes entre sí mediante el “ajuste” de sus comportamientos de manera tal de hacerlos previsibles, regulares y estables –tanto a los individuos como a sus comportamientos–.

El empleable es un sujeto genérico, un producto diseñado y fabricado en serie y, como tal, posee las características que definen cualquier cosificación. La alteridad, que, en términos de Arendt, “se encuentra en la pura multiplicación”, es una de ellas, mientras que la distinción es propia, ya no de un producto, sino de un hombre. No obstante esto, el discurso del trabajo se asienta preponderantemente, a través de una marcada retórica persuasivo-apelativa, en la exaltación de una búsqueda (producción) en términos de singularidad y personalización. Sobre la subjetividad del sujeto –empleable– se asienta la discursividad –o lo que también es decir la industrialización– laboral.

La empleabilidad se construye sobre dos ideas antagónicas y, paradójicamente, convergentes acerca del sujeto. Está asentada en las facultades genéricas de la especie humana y, por el otro, en la representación de una subjetividad única y personal. En cuanto al primer aspecto, el *generall intellect*, los lugares comunes, las capacidades básicas e igualadoras del género humano, constituyen la demanda central de la industria laboral. Las capacidades reclamadas pueden resumirse en el *nous* aristotélico: entendimiento o pensamiento en potencia. La potencialidad del empleable se asemeja a la del *nous*, “carece de otra naturaleza que no sea la de estar en potencia”.

En cuanto al segundo aspecto, el sujeto sobre el que se construye la empleabilidad es esencialmente el sujeto moderno, cuya conformación coincide con la etapa de consolidación del capitalismo. La idea misma de subjetividad, propia de las sociedades occidentales, corre a la par de las nociones de vida privada y de sujeto de derecho. Este mismo sujeto, sin embargo, ha sufrido fuertes descentramientos o “heridas narcisistas” que ponen en duda la noción moderna de individuo, dando paso a un nuevo sujeto, que es el sujeto instaurado a partir del psicoanálisis, de la lingüística y del materialismo histórico.



El sujeto con la ilusión de **yo** autónomo y autor de su discurso está condicionado “por fuera” por sus condiciones materiales de existencia y “por dentro” por el inconciente. Este sujeto que se nombra *yo* en oposición a un *tú*, “es hablado”, y no sólo eso, su *hablar* no es autónomo, habla una lengua que le es impuesta, que –como nos lo recuerdan las lecciones de Saussure–, es una convención, un contrato, y si bien el habla es individual, también es puramente accesoria con respecto a la esencia de la lengua. La idea misma de “dominar una lengua” muestra la ilusión de ese individuo autónomo, que en realidad es, en términos derridianos, dominado y habitado por ella.

El **lenguaje** aparece irremediabilmente asociado a la idea de sujeto, “el sujeto, como objeto empírico, no tiene otra materialidad que la del lenguaje”, y es este sujeto el que se ubica imaginariamente en el lugar de *yo* del enunciado. La comprensión, o conjunto de comprensiones de lo que significa ser un **yo** define a la **identidad** moderna, íntimamente relacionada con la **individualidad** /*selfhood*/. El **significado** y el **sentido**, inéditos hasta la modernidad –donde aparecen encarnados en el “hombre buscador”–, pregnan las formas de constitución de la identidad en tanto instalan la pregunta acerca de qué es una vida significativa (6).

El trabajo capitalista tradicionalmente ha puesto en juego cuestiones identitarias y la propia subjetividad, no obstante, las características que ha asumido con el posfordismo y materializadas en el discurso de la industria laboral, si bien vuelven sobre la ilusión de ese sujeto aún centrado, lo hacen sobre una acentuación sobre la personalidad –y hasta sobre cierta “ideología de la intimidad”, en términos de Sennett– más que sobre la identidad o subjetividad. La materialidad de esa personalidad es el propio lenguaje en el que se ubica “imaginariamente” como **yo**. Si los *grandes relatos* del liberalismo y el marxismo han desaparecido, hay *pequeños relatos*, y el discurso laboral es uno de ellos, en los cuales el héroe vuelve a ser el sujeto. Si las capacidades reclamadas por la industria laboral son *topoi koinoi* –lugares comunes– de la especie humana, las apelaciones son hacia los *topoi idoi* –lugares especiales– de cada sujeto singular.

Para Simmel, los problemas más profundos de la vida moderna se debían al reclamo de los individuos del derecho a preservar la autonomía y la individualidad de su existencia. ¿Existe actualmente un reclamo semejante? Parece no haber lucha de ese tipo, por la cual la cultura objetiva amenaza la creatividad y el crecimiento individual. El *general intellect*, la infinita potencialidad del virtuoso, el hombre hablante, el individuo comunicativo y cooperativo parecen haber dado respuesta al reclamo. Ha vuelto el sujeto creador y creativo bajo las formas de la proactividad. El individuo no ve aplastada su subjetividad, la tiene allí, objetivada. Las *capacidades comunicativas* del empleable, por otra parte, parecerían confirmar ese lugar por el cual el “hombre buscador” adquiere un sentido para su vida en términos de discurso.

### **A modo de cierre**

Recordemos la situación del personaje de Melville en *Baterbly el escribiente*, y releerlo en términos de empleabilidad.

¿Se niega Baterbly a trabajar? Nunca. Simplemente plantea una preferencia –sin alardes, sin estridencias, sin prepotencia– y nadie sabe qué hacer con eso, mucho menos su jefe. Porque nadie está preparado allí a aceptar su “*Preferiría no hacerlo*” como única respuesta que, por otra parte, es leído no como una preferencia sino como una negativa. El escribiente trabaja, pero no colabora.

El trabajo actual depende de –y necesita– un orden. Está configurado en torno a una permanente interdependencia, diferenciación de funciones y división de tareas que garantizan que todo funcione bien. Baterbly expresa su preferencia y el resto (los colaboradores) debe hacer un trabajo extra para que la estructura no se desmorone, ya que todos y cada uno dependen de los demás. Se desajusta la organización porque uno de ellos *preferiría* no acoplar su funcionamiento de un modo estable y regular.

¿Baterbly ha perdido el autocontrol? No se rebela, no discute, no reclama, no desobedece. No lucha. *Preferiría no hacerlo* altera un entramado que necesita de cada uno y, consecuentemente conduce a los demás a la pérdida del autocontrol. No saben qué hacer con él porque no se ajusta, no encaja, no se adapta.

A propósito de la fuerza de su fórmula, Deleuze sintetiza claramente que *Preferiría no hacerlo* no es metáfora ni símbolo de nada, que su efectividad reside en su literalidad. “No quiere decir más de lo que literalmente dice. Y lo que dice y repite es PREFERIRÍA NO HACERLO, *I would prefer not to*. Es la fórmula de su gloria” (7).

Baterbly activa con su fórmula, el *nous*, que, en tanto potencia es siempre “potencia de no”, ya que, como nos recuerda Aristóteles, toda potencia de ser o hacer algo, es a la vez, potencia de no ser o no hacer algo. A este universo pertenece Baterbly quien sigue demorado en la pura posibilidad y allí, desde su fórmula revela, sin saberlo, su fuerza. Agamben apunta al respecto que la tradición ética de occidente ha reducido toda la riqueza y complejidad de la potencia a los términos de la voluntad o la necesidad.

Baterbly sólo abandona el condicional en algunas ocasiones puntuales (*¿no quiere hacerlo?, prefiero no hacerlo*) para “eliminar todo residuo del verbo querer, aunque sea en su uso meramente modal” (8). “Preferiría”, *I would prefer*, nada tiene que ver con la voluntad, sino con la potencia. Baterbly implica a cuantos le rodean en su obstinada inacción y les conduce a un punto del que no hay regreso. Melville alude en sus obras a la esencial carencia de sentido de las relaciones entre los hombres, pero la falta de sentido no refiere a Baterbly, quien no se siente culpable ni duda de sí mismo, Baterbly hace dudar a los demás, tanto de sus actos como de sus opiniones, como él no hace lo que debería hacer, deja a los demás en la más profunda indeterminación. “¡Ay, Baterbly! ¡Ay, humanidad!”, cierra Melville.

En su asombrosa literalidad y en su constante repetición, la fórmula revela y produce efectos, no sólo en los otros, señala Deleuze, sino esencialmente sobre Baterbly. “Desde que dice PREFERIRO NO HACERLO (cotejar las copias) ya no puede seguir copiando”, la fuerza y el efecto de su fórmula “llega a hacer imposible lo que hasta entonces hacía” (9).

Un sujeto no-empleable no es tanto el que lucha, sino quien no colabora. La primera opción estaría, en términos arendtianos, aún inscrita en el orden de la necesidad, la segunda, tal vez

lo esté en el de la acción y el discurso. En esa fórmula que no niega ni acepta reside, paradójicamente, la acción de Baterbly. Dice “preferiría no hacerlo” y en ese acto revela (no muestra, revela) ante los otros aquello que es. También la fórmula, en su tautología, en tanto que es una proposición indiferente a las condiciones de verdad, remite a su misma potencia ya que lo contingente –lo que puede ser y no ser–, como señala Agamben, coincide, por su oposición a lo necesario, con el espacio de la libertad humana.

El empleable quiere, puede, debe. Baterbly es la contra-figura del empleable.

## Notas

- (1) WILLIAMS, Raymond. 2003. *Palabras Clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 186-187.
- (2) FOUCAULT, Michel. 2004 (1969). *Arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores
- (3) ELÍAS, Norbert. 1994. *El proceso de la civilización*. México: Fondo Cultura Económica.
- (4) KURI, Carlos. 1994. *Introducción al psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens, p. 14.
- (5) Los términos entrecomillados hacen referencia a expresiones utilizadas por Sennett, Virno, Spinoza, Castells, Rosanvallon y Scavino, respectivamente.
- (6) TAYLOR, Charles. 1996. *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Buenos Aires: Paidós.
- (7) DELEUZE, Gilles. 2001 “Baterbly o la fórmula” en *Preferiría no hacerlo*. España: PRE-TEXTOS.
- (8) AGAMBEN, Giorgio. 2001 “Baterbly o de la contingencia” en *Preferiría no hacerlo*. España: PRE-TEXTOS, p. 111.
- (9) DELEUZE, Gilles. 2001 “Baterbly o la fórmula” en *Preferiría no hacerlo*. España: PRE-TEXTOS, p. 62.

## Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio. 2001 “Baterbly o de la contingencia” en *Preferiría no hacerlo*. España: PRE-TEXTOS.
- ARENDDT, Hannah. 2003 (1958). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- BARTHES, Roland. 1993 (1977) *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI Editores.
- BENVENISTE, Emile. 1971. *Problemas de lingüística general*. México, Siglo XXI.
- BRAUNSTEIN, Néstor. 1985. *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*. México: Siglo XXI editores.
- CASTELLS, Manuel. 1997. *La era de la información. Volumen I*. Barcelona: Alianza.
- DELEUZE, Gilles. 2001 “Baterbly o la fórmula” en *Preferiría no hacerlo*. España: PRE-TEXTOS.
- ELÍAS, Norbert. 1994. *El proceso de la civilización*. México: Fondo Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel. 2004 (1969). *Arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores
- FREUD, Sigmund. 2000. *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor. 1988 (1944) “La industria cultural, iluminismo como mistificación de masas” en *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires: Sudamericana.
- KURI, Carlos. 1994. *Introducción al psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.
- LYOTARD, Jean-François. 1993. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Barcelona: Planeta Agostini.
- MELVILLE, Herman. *Baterbly, el escribiente*. Ediciones Cátedra. (No consta año de edición).

- MILNER, Jean-Claude. 1996. *La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía*. Buenos Aires: Manantial.
- ROSANVALLON, Pierre. 2004 (1995). *La nueva cuestión social*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- SCAVINO, Dardo. 1999. *La era de la desolación. Ética y moral en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- SENNETT, Richard. 2001. *El declive del hombre público*. Barcelona: Ediciones Península.
- SENNETT, Richard. 2002. *La corrosión del carácter*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- SIMMEL, Georg. 1988. *Ensayos Filosóficos*. Barcelona: Editorial Península.
- SIMMEL, Georg. 2003. (1901-1918) *La ley individual y otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- SPINOSA, Martín. 2005. "Del saber al saber ser. Las calificaciones en el nuevo escenario de las relaciones de trabajo" en *Estado y relaciones laborales: transformaciones y perspectivas*, Fernández Arturo (comp.) Buenos Aires: Prometeo.
- TAYLOR, Charles. 1996. *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Buenos Aires: Paidós.
- VERÓN, Eliseo. 1987. *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.
- VIRNO, Paolo. 2003. *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Colihue.
- WEBER, Max. 2003 (1905) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- WILLIAMS, Raymond. 2003. *Palabras Clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

## **ANDREA CALAMARI**

Licenciada en Comunicación Social UNR. Estudios de Doctorado finalizados (pendiente defensa de tesis) en la Universidad Nacional de Rosario. Docente del Ciclo Superior de la carrera de Comunicación Social UNR. Directora del Departamento de Comunicación y Lenguajes.